

DICHOS Y HECHOS DE M. BARNABOOTH

POR X. M. TOURNIER DE ZAMBLE (1908)

VALERY LARBAUD CUENTA con un círculo tan ferviente como reducido de lectores desparramados por el mundo. Para el gran público, es un desconocido de reconocido valor. Dibujarle debajo al hombre y la obra, aun en Francia sigue siendo necesario. Larbaud es el narrador

admirable de novelas como Fermina Márquez (1911), Amants, heureux amants (1921) y Mon plus secret conseil (1923). Escribió también los cuentos de Enfants (1918), los relatos de viajes Jaune, Bleu, Blanc (1927) y Aux couleurs de Rome (1938), y el Journal inédit (1955), de los años 1912-35. Como ensayista, reunió gran parte de sus trabajos sobre las literaturas inglesa y francesa en Ce vice impuni, la lecture (1941); el resto de éstos y otros más, incontables y dedicados sobre todo a autores de lenguas española, portuguesa e italiana, siguen dispersos. La literatura hispanoamericana tiene más de una deuda con Larbaud. Traductor de Gabriel Miró, Ramón Gómez de la Serna y Ricardo Güiraldes, autor de un estudio (escrito en español) sobre "La influencia francesa en las literaturas de lengua castellana", Larbaud es el introductor de Alfonso Reyes y de Mariano Azuela en Francia: suyos son el prólogo y la traducción de la Visión de Anáhuac y la traducción de Los de Abajo.

Biografía de M. Barnabooth

El autor de estos poemas (y del cuento que los precede) es un joven encantador de apenas veinticuatro años. De estatura modesta, viste siempre con sencillez, es bastante delgado, sus cabellos tiran al pelirrojo, tiene los ojos azules y el cutis sumamente blanco, y no usa ni barba ni bigotes. Su apariencia, a primera vista, es poco notable; la gente del pueblo y los criados hasta tienden a mirarlo como una persona sin importancia; y si añadimos a todo ello su gran timidez, su vestimenta descuidada, ¿quién podría sorprenderse al saber que algún comerciante ha cometido alguna vez la torpeza de preguntarle, con más familiaridad de lo debido, qué deseaba? Y más aún: una o dos veces se han negado a atenderlo. A M. Barnabooth le encantaba recordar esos contratiempos y todavía suele contarlos. Se dice también que el gerente de uno de los hoteles más famosos de Europa, en el que M. Barnabooth había reservado por cablegrama una suite de varios apartamentos, al verlo llegar solo y valija en mano incurrió en el desatino de enviarlo a otro sitio por un cuarto. Pese a tan enojosos incidentes, M. Barnabooth no ha hecho ningún esfuerzo serio por mostrarse, ante todos, tal y como es: un hombre bien educado, refinado y, lo que es más, poseedor de una fortuna colosal. Parecen complacerlo esos juicios equivocados que le revelan, según dice, la bajeza humana, y le dan el gusto de dejar boquiabiertos a sus interlocutores cuando bruscamente pone al desnudo su poder (y la comparación que sigue también es suya) como el Hada

VALERY LARBAUD

Traducción de Ulatume González de León

vieja y fea que se transforma de improviso en una hermosa muchacha, o como el pastor que se convierte en la diosa Minerva ante los ojos de un Ulises deslumbrado. "Hay que dar algún lugar a lo feérico en la vida de este pobre mundo", dijo un día al respecto; "esta época es poco fértil en milagros". Pero mi tío atribuye esa negligencia de M. Barnabooth al hecho de que éste viaja continuamente y es incapaz de quedarse en una ciudad el tiempo necesario para probarse varias veces cada traje, cada par de zapatos, etc., de modo que las prendas de su vestuario, aunque confeccionadas por las mejores firmas, nunca han podido ser arregladas a su medida y le sientan muy mal. Por otra parte, el propio M. Barnabooth me ha asegurado: "No nací para vestirme con elegancia, así como la mayoría de los hombres no han nacido para entender la poesía".

Si insisto sobre el punto, es porque me sorprende que el dueño de semejante fortuna, una fortuna que le permitiría figurar en las filas de los príncipes de la elegancia, se vista como un fulano común y corriente.

Lugar de nacimiento —su nacionalidad

M. Barnabooth nació en 1883 en Campamento, Arequipa, hoy territorio chileno. Pero en aquel año los ejércitos de tres repúblicas, Perú, Chile y Bolivia, combatían por la posesión de aquella provincia, lo cual explica que M. Barnabooth, cuando le preguntan por su nacionalidad, pueda responder con cierta razón que es un "apátrida". Sin embargo, cuando alcanzó su mayoría de edad, se hizo naturalizar ciudadano del Estado de Nueva York, país de origen de su familia. Es un hecho que nunca ha dejado de celebrar el 4 y el 28 de julio, respectivas fiestas nacionales de los Estados Unidos y de la República del Perú. Bolívar es para él, después de Federico II de Prusia, el héroe de quien más venera la memoria; llega hasta pensar que Bolívar, como militar, está muy por encima de Napoleón —según dice, "a tantos pies por encima como lo están los Andes sobre los Alpes".

Sus orígenes —su familia

Me parece fundamental hablar un poco de la familia, tan interesante, de M. Barnabooth, y de su padre en particular.

Barnabooth es un apellido que data, cuanto más, de hace un siglo. El primer antepasado de los Barnabooth, el más remoto abuelo de que éstos tuvieran noticia, se apellidaba Olsson, era finlandés, se trasladó primero a Suecia, y muy a principios del siglo XVII emigró

a América con otros colonos suecos que fundaron algunos establecimientos muy prósperos a lo largo del Hudson. Una antepasada de M. Barnabooth mereció ser citada en las memorias de sus contemporáneos por el arrojo con que ayudó a escalar holandeses durante la toma de Nueva-Estocolmo.

Más adelante, ya convertidos en súbditos de la Corona británica, los Olsson figuraron entre las mejores y más antiguas familias campesinas de la Colonia: no hubo entre ellos sin embargo ningún hombre notable —ni siquiera durante la guerra de Independencia.

Para entonces ya se llamaban Barnabooth (pronúnciese *el th*, como una *z* francesa). La etimología de ese nombre (de *barn*, granero, y *booth*, puesto de feria o de mercado), está condenada a seguir siendo oscura debido a esa *a* intercalada cuya presencia es inexplicable.

Hay que llegar hasta mediados del siglo XIX para dar por fin con un hombre de genio de esa raza y de ese nombre. Y no vacilamos en calificar de *bombre de genio* a ese personaje que a partir de la nada, y en medio siglo de esfuerzos gigantescos, amasó una inmensa fortuna, la cual legó a su muerte a su único heredero, su hijo, nuestro poeta, permitiéndole así vivir en una opulencia que sólo puede ser comparada con la de las más grandes naciones, o con la de dos o tres particulares de fortuna tan notoria como los señores Rockefeller, Carnegie y Vanderbilt. Si nuestra generación ha olvidado el nombre de Barnabooth, es porque M. Barnabooth padre puso fin a sus grandes especulaciones hacia el año de 1870, y porque su hijo se ha empeñado en que su nombre no figure en las vastas empresas comerciales y financieras, manejadas por esa multitud de granjeros y de administradores generales que hoy en día siguen explotando (y haciendo que se expandan año tras año) los múltiples negocios creados e impulsados por M. Barnabooth padre.

El padre del poeta

Recordemos ahora, lo más brevemente posible, la carrera de este asombroso personaje.

Nació en la *bomestead* ancestral, cerca de Oswego, en 1829. Era el menor de siete hijos varones. Tras una infancia sin enfermedades o casi, y alrededor de sus diecisiete años, partió de su casa sin dar aviso a su familia, no sin antes armarse del revólver de su padre y de una pequeña suma de dinero, los ahorros de su madre.

Después de ejercer variados oficios en el valle de Missisipi, sintió el llamado del Par-West y, hacia 1853, se instaló en el estado de Wyoming, que todavía era entonces una enorme pradera virgen, una comarca ganadera por excelencia. Hábil *cowpuncher*, se convirtió muy pronto en *foreman* de una buena ganadería. Y contaba ya con ahorros considerables cuando ciertos ganaderos, tan malvados como celosos de su prosperidad, lograron comprometerlo y exponerlo a las acciones legales emprendidas a la sazón contra una banda de *rustlers* —tal era el nombre que se daba entonces a los ganaderos-granjeros que, por medio de astucias, se las arreglaban para crear y registrar alguna marca ficticia y llegaban a vender, en un radio que alcanzaba a Chicago, reses robadas de diferentes *ranches*. Los soldados que intentaron detener a M. Barnabooth

estaban vestidos (y se conducían) como bandidos; tomándolos por tales, M. Barnabooth hirió de muerte a uno de ellos; logró luego escapar; pero tenía que abandonar una región en la que ya no podía desenvolverse libremente, y partió de ella arruinado.

Hacia 1858, nos lo volvemos a encontrar en México. Tiene ya unos treinta años y trabajo, pico en mano, en las minas de Sonora. En unos cuantos años gana allí los suficientes pesos como para abrir una especie de *saloon* o café-restaurante al que acuden los mineros. Pero la fatalidad echa por tierra una vez más sus esperanzas: un buen día estalla en el local una violenta discusión entre dos jugadores; los parroquianos se dividen en dos campos, hay intercambio de balazos y puñaladas, y la policía cierra para siempre el *saloon* de M. Barnabooth.

Un año más tarde, viaja a una América Central convulsionada todavía por los golpes de Estado y las sorpresas del pirata Walker.

En 1861, finge como supervisor del equipaje en el *van-car* de servicio entre Baton-Rouge y Nueva Orleans. Pero arteramente acusado de desfalco por un administrador que quiere ese puesto para uno de sus protegidos, y asqueado de las injusticias de los hombres, M. Barnabooth se exilia antes de que se lo impida la policía.

Después de ejercer en La Habana, y sólo para vivir al día, algún oscuro oficio, M. Barnabooth volvió a ver su vida iluminada por la fortuna a principios de 1863. Tenía entonces treinta y cuatro años. Especula con bienes raíces; está a la cabeza de una gran compañía de transportes que cubren el interior de la Isla española, y se hace construir una magnífica residencia. Desgraciadamente, una sublevación de patriotas cubanos da al traste con sus negocios y, amenazado según parece por los rebeldes, M. Barnabooth deja La Habana sin dar a conocer, por prudencia, el lugar exacto en que piensa refugiarse. Sólo que esta vez M. Barnabooth no deja a sus espaldas el dinero que ha juntado.

Armado pues de una buena talega, pudo llegar a Lima y fundar allí, en junio de 1865, una empresa de vías férreas. Por lo demás, el gobierno peruano respaldó sus primeros pasos y le prestó ayuda en más de un momento crítico. Así, durante los cinco años siguientes, amasó por fin la fortuna gigantesca que mencionamos desde un principio —tal vez la más importante y sin duda la más sólida del mundo moderno. En sólo esos cinco años, la actividad y el genio de M. Barnabooth llevaron sus conquistas financieras e industriales más allá de las fronteras del Perú y aun más allá del continente hispanoamericano: hasta la propia Europa, hasta los pozos petroleros del Cáucaso, hasta las minas de platino de la Australia meridional.

El Perú vivía entonces una época de extraordinaria prosperidad: las minas de oro, que se creían agotadas, volvían a abrirse y a derramar sobre el país entero sus cálidos rayos... En un año se duplicaron la extensión y la capacidad de carga de las redes ferroviarias. M. Barnabooth tenía interés en todos los negocios imaginables; no tardó en conseguir la concesión general de los depósitos de guano y, de allí en adelante, fue el amo del continente. Sus allegados fueron conquistando las

más altas funciones del estado; soñó con desecar por su cuenta el lago Titicaca, con irrigar el desierto de Arequipa, con organizar expediciones militares que colonizaran las islas del Pacífico en nombre del gobierno peruano. En la Bolsa de Nueva York lo llamaban "El Inca". Esos triunfos le valieron que la calumnia y la envidia recrudecieran sus ataques contra él; sus enemigos lo acusaron de embolsarse (en perjuicio del Estado) la mayor parte de las utilidades producidas por su concesión del guano; y hasta vio dictada contra su persona una orden de arresto. Pero su virtud triunfó de todas esas bajas intrigas: al día siguiente de su arresto, el gobierno que lo hostilizaba se convirtió en minoritario y el partido de los hombres de bien le ofreció la cartera de la Justicia dentro del nuevo ministerio en un gesto de homenaje público a su probidad. M. Barnabooth declinó sin embargo aquel honor, pues no tenía vocación alguna por ese género de actividades.



A partir de 1870, da fin a sus especulaciones y deja que sus utilidades se acumulen en sus propios bancos. Pero el dinero atrae más dinero: algunas buenas jugadas de bolsa, logradas aquí y allá, duplicaron y triplicaron su ya enorme capital. M. Barnabooth pasó a hacer préstamos a las grandes compañías, aun a las Naciones. Durante la guerra llamada "del Pacífico" (entre Chile por un lado, y el Perú y Bolivia por otro), M. Barnabooth siguió obteniendo beneficios considerables como proveedor de armas y de víveres a los tres países beligerantes; y cuando sus tierras fueron devastadas y fue inundada una de sus minas, pidió al gobierno peruano una fuerte indemnización, que le liquidaron inmediatamente —más aún, dándole prioridad sobre la indemnización de guerra que el desdichado país, al ser vencido, tuvo que pagar al gobierno chileno. Para entonces ya se había casado. En efecto, contrajo matrimonio en 1881, a la edad de cincuenta y dos años. Durante un viaje a Valparaíso, y en un teatro bastante modesto de esa ciudad, le presentaron a una joven bailarina, Miss Nora Weller, conocida como artista por el nombre de Elenore de Vera y nacida en Adelaida, Australia, en el año de 1865 —sólo tenía, por lo

tanto, dieciséis años. La joven le gustó desde el primer momento, y como M. Barnabooth era ya de un humor bastante sombrío y estaba acostumbrado a que nadie contrariara sus deseos, se casó con ella sólo tres semanas después de aquel encuentro. Esa unión entre dos personas tan diferentes por sus edades y sus profesiones no fue nada feliz. Hablé ya de la misantropía de M. Barnabooth. Esa enfadosa propensión a la melancolía se acentuó con el paso de los años. Además, la joven esposa del hombre más rico del mundo se vio obligada a vivir con él en una *estancia* miserable, sin ningún contacto con el mundo civilizado y situada en Campamento, en la provincia de Arequipa. Fue allí donde dió a luz, el 28 de agosto de 1883, al hijo que sería el único fruto de aquella unión: M. Barnabooth Junior, nuestro poeta.

Poco después de este nacimiento, las relaciones entre ambos cónyuges se enfriaron notablemente. De allí que el niño, confiado a subalternos, creciera ajeno a las dulzuras del amor maternal.

Una mañana de 1892, M. Barnabooth padre revisaba en su *office* un revólver marca "Le Poulain" que acababa de recibir de los Estados Unidos, cuando se disparó una bala olvidada en su interior. Los que acudieron al oír la encontraron al millonario tendido en un charco de sangre; tenía un orificio en la frente y había muerto de manera instantánea. Las malas lenguas pretendieron que se había suicidado; pero el examen de los informes médicos llevó a la terminante conclusión de que se trataba de un accidente. El difunto, por otra parte, se había mostrado muy alegre desde hacía ocho días.

Su hijo tenía nueve años.

La joven viuda de M. Barnabooth murió un año más tarde en circunstancias tan triviales como trágicas. Había resuelto irse a vivir a Europa y ya contaba, en Florencia, con un palacio comprado y amueblado por orden suya, al que llegaría con su comitiva, cuando la víspera del día fijado para salir de Campamento, mientras revisaba un cajón lleno de cartas, se dió un profundo pinchazo con la punta de un *bowie-knife* allí escondido.

A la mañana siguiente, después de atroces sufrimientos, ya estaba muerta: por un azar realmente imprevisible, aquel puñal estaba convenenado.

Infancia de M. Barnabooth —su educación

M. Barnabooth, hijo y sucesor de su padre, quedó así huérfano y abandonado a su suerte a la edad de diez años.

Tres años antes, lo habían enviado a pasar unos meses en Europa en compañía de don Jean Martin, el secretario particular de M. Barnabooth padre. Visitó entonces el Cáucaso y la Rusia meridional, donde M. Barnabooth padre tenía grandes propiedades y grandes intereses. El Gran Duque de ..., que era amigo de M. Barnabooth y le debía muchos favores, lo recibió en uno de sus castillos. El niño conoció allí al hijo del Gran Duque, un chiquillo de siete años que se llamaba Stéphane. Así surgió entre los dos pequeños la intensa amistad que ha perdurado hasta la fecha.

De regreso en América, el jovenito recibió los cuidados de las criadas peruanas de la estancia, y vivió en continuo contacto con ellas. Era soñador, taciturno, indolente. Costó algún trabajo enseñarle a leer y a escribir en inglés; se expresaba casi siempre en español. En cuanto a su salud, era más bien frágil.

Después de muertos M. y Mme. Barnabooth, don Jean Martin, que fue nombrador tutor (este buen hombre administró con gran habilidad la inmensa fortuna de su pupilo, se entregó a esa tarea mientras Dios le dio vida y murió en la pobreza)... don Jean Martin, decíamos, comprendió que para educar como era debido a M. Barnabooth se necesitaba enviarlo a un buen internado, ya fuera en Inglaterra o en los Estados Unidos. Finalmente se escogió Nueva York. Y con verdadera desesperación el niño se vio arrancado de sus ocupaciones habituales y privado, sobre todo, del cariño de esa vieja criada chilena a quien daban los más íntimos el nombre de Lola.

Cuando hubo ingresado en aquella institución, una de las más lujosas de los Estados Unidos, M. Barnabooth, que hasta entonces se antojaba algo atrasado para su edad, no tardó en realizar asombrosos progresos en las letras y las ciencias. Al cabo de dos años recibía ya un premio por sus versos latinos y escribía en francés con bastante corrección.

Fue siete años después cuando dio las primeras muestras de la índole aventurera que habría de impulsarlo a recorrer el mundo entero.

En enero de 1897, a la edad de catorce años, se escapó de la escuela, vendió bastante bien algunas alhajas que habían tenido la imprudencia de entregarle, partió hacia Europa, y apenas desembarcado en Hamburgo envió a su tutor esa carta a la que se refería más tarde como a su "Declaración de Independencia".

Don Jean Martin corrió a su lado enloquecido. Pudo así lograr que su pupilo prometiera someterse, hasta pasados sus dieciséis años, a la tutela del Gran Duque de ..., quien consintió en acogerlo en su castillo del sur de Rusia a condición de que M. Barnabooth recibiera cien mil dólares por año, suma que destinaría a mantenerlo mientras llegaba a su mayoría de edad. ¡Un verdadero triunfo! Le fueron consentidas algunas escapadas a Constantinopla, a Viena, a Londres y a París, siempre que lo acompañara cierto viejo criado (ya muerto hace tiempo).

Durante todos aquellos años, M. Barnabooth perfeccionó su conocimiento de la lengua francesa, leyó con delicia a nuestros mejores autores, y aprendió el alemán, el italiano y el griego moderno.

En uno de sus viajes a Constantinopla conoció a los Retzuch y a su hija única, Anastasia, que le inspiró su primer amor. La amó como sólo puede amarse a los quince años. "Se convirtió para mí en *la Mujer*", le dijo un día a mi tío, M. Cartuyvels.

Fue entonces cuando aprendió griego. Por Anastasia, para poder hablarle y escribirle en su lengua natal, pasó en vela muchas noches entre libros y estudió también con un tal Liddell y un tal Scott. Anastasia era una de esas griegas cuya belleza elogian tanto los visitantes del Archipiélago. Tenía veinte años. Al principio halló divertido a su enamorado de sólo quince y, sólo por jugar con él, se puso a alentarle. Pero el joven huésped del castillo de ... y la hermosa fanariota

no tardarían en entablar una correspondencia secreta. Se sucedieron luego una declaración de amistad, otra de amor, los juramentos para toda la vida, las promesas de fidelidad mientras el adolescente cumplía la edad necesaria para un noviazgo, y todo lo imaginable en tales casos.

M. Barnabooth cumplió por fin los diecisiete años. Su tutor, don Jean Martin, se estaba muriendo. El joven, al que ya había que rendir cuentas, entró entonces en posesión de la fortuna más que regia de su padre y de su propia libertad.

Barnabooth entre los diecisiete y los veinte años

A estas alturas, querido lector, me permitiré algunas observaciones personales. Cuando era estudiante, no había nada que me interesara tanto como la historia de los emperadores romanos de la decadencia y sobre todo la de los más jóvenes: aquellos que se veían convertidos en los depositarios de un poder tan increíble sobre el mundo a una edad en que aún no tiene un ningún poder sobre sí mismo. Imaginaba estar en su lugar y les prodigaba consejos que de antemano, ay, sabía inútiles... Después de las orgías, después de las carreras en carros tirados por avestruces, después de los banquetes que incluían hipopótamos hervidos, después de los incendios de ciudades contemplados por monóculos de esmeralda, llegaría el final trágico, el asesinato en la letrina de algún campo de pretorianos... Pero me aparto de mi tema. Gracias a Dios, M. Barnabooth no tiene por qué temer a ningún pretoriano. Eso sí, el poder que le otorgaba su fortuna cuando tenía diecisiete años puede compararse al que tenían los jóvenes emperadores de Roma para dar rienda suelta a sus más locas fantasías y sus pasiones más violentas. Esa alianza entre un poder formidable y una extrema juventud era, y sigue siendo para mí, lo más interesante de nuestro poeta. Mi tío, M. Cartuyvels, expresó acertadamente ese punto el día que le dijo: "Es usted un monstruo de felicidad"...

M. Barnabooth estaba enamorado. Corrió a arrodillarse ante su dama y le propuso matrimonio. Don Jean Martin, ya moribundo, sacó no sé de dónde las fuerzas y el tiempo necesarios para convocar un consejo de familia y oponer el veto de la ley al imprudente proyecto. Transcurrieron semanas de dolorosa indecisión. Y finalmente, digámoslo sin pelos en la lengua, Anastasia Retzuch se hizo amante del joven millonario y dio la vuelta al mundo en su compañía. Me niego a contar en detalle la historia de estas tristes relaciones. M. Barnabooth era demasiado joven, demasiado ardiente, demasiado testarudo. Anastasia Retzuch era en cambio muy ambiciosa, muy hábil y muy fría. Hizo de él todo lo que quiso.

M. Barnabooth, por su lado, se sintió como nunca bajo tutela. Hubo escenas. Las últimas etapas de la vuelta al mundo fueron despachadas lo más pronto posible. Y apenas se instalaron en París se produjo el rompimiento. Como Anastasia carecía de bienes personales, M. Barnabooth no la dejó sin antes regalarle una auténtica fortuna.

Meses después, se enteró de que ella se casaba con un ex diplomático ruso, arruinado y tarado: el duque

de Waydberg. Pero el travieso dios Amor no dio por terminado aquel juego: ocho días más tarde, M. Barnabooth se incorporaba al viaje de bodas.

¡Qué existencia tan loca y viciosa llevó entonces el trío! El duque cobró caro la pérdida del poco honor que aún le quedaba. M. Barnabooth quería conocer a fondo la vida, y lo consiguió. "Me estoy despabilando", decía a sus íntimos con la ironía de costumbre.



La bella duquesa de Waydberg, dejando de hacerse la enamorada para encarnar al demonio, empujó al joven a las más atrevidas y las más onerosas experiencias imaginables. No vaciló (disfrazada de hombre) en convertirse en su compañero de juergas, y hasta exploró los bajos fondos de las capitales para conseguirle "raras primicias". Se acabaron los celos y las escenas. Lo que entonces quedó en pie fue la dureza de corazón de una vidivora y de dos vidivores (porque entre M. Barnabooth y el duque de Waydberg llegó a nacer cierta simpatía); y los tres se entregaron a lo que llamaré la satisfacción de sus más insaciables apetitos.

M. Barnabooth, que había conservado hasta entonces los modales de un hombre, por así decirlo, a la sombra de un trono; que también aparentaba en otros tiempos poseer una especie de flema británica; que hasta llegó una vez a confesar ante uno de los más famosos escultores de nuestra época: "La verdad, no me gustan las maneras de los artistas"... M. Barnabooth empezó a comportarse como un cualquiera y se puso a hablar en el argot de París como los personajes de Gyp, cuyas obras leía con avidez. (Este autor, George Ohnet y Jean Rameau le inspiraban una ferviente admiración. Luego los dejó de lado y su libro de cabecera fue *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll. Y actualmente se dice discípulo de Rodolphe Töpfer, autor de *Gertrude et Rosa*, y le concede el título de Pintor de Su Majestad Infernal.)

A fines de 1902 la duquesa de Waydberg, que se encontraba en Nápoles, cayó enferma. Consultados los más ilustres ginecólogos, se decidió que necesitaba una operación; y aunque ésta fue todo un éxito, se presentaron complicaciones imprevistas y la desdichada murió en pocas horas víctima de atroces sufrimientos.

El feliz *ménage à trois* quedó disuelto. El Duque, único heredero de su mujer, pasó algunos fondos a sus suegros, los Retzuch; y después de intentar en vano volver a la diplomacia, repartió sus ratos libres de rentista satisfecho entre su castillo de la Bukovina y los

camerinos de la Opera de Viena. Se dice que murió el año pasado en un cabaret de esa ciudad.

En cuanto a M. Barnabooth, dando pruebas una vez más de su inquietud intelectual, se dedicó con furor al estudio. Se dejó ver en las aulas de la Sorbona; sus pasos resonaron en Heidelberg y en Berlín; hay testigos de que pasó tardes enteras leyendo y tomando notas junto a una de las ventanas de la Ratcliff Camera de Oxford. Corría el año de 1903 y él cumplía sus veinte años.

Fin de la biografía de M. Barnabooth

Decidido a ocuparse únicamente de sí mismo, dejó todos sus negocios financieros y comerciales y se fue a dar su segunda vuelta al mundo, pero esta vez con el propósito de estudiar. Había adquirido uno tras otro cuatro yates de un tonelaje considerable que decoró con gusto principesco. Y, dando vuelo a su fantasía, los bautizó con nombres que no podían ser más absurdos. Aunque el mal tiempo lo marea invariablemente, no hay en este mundo quien supere su amor por la navegación, sobre todo si se practica en el Mediterráneo; todos los puertos han admirado sus yates. "Pongo mis casitas", anunció luego; y su lista fue muy pronto la siguiente: residencia en Londres, palacete en París, palacios en Roma y en Nápoles, villas en Fiesole, en Abazzia y en Corfú; *pied-a-terre* en Berlín, en Argel y en Viena.

Al llegar a Melbourne, se enteró de la que los tifones azotaban el Pacífico, y a principio de 1904 emprendió el camino de regreso a Europa. Después de pasar unas semanas en el castillo de ..., en compañía de su amigo "Stevo" (el hijo del difunto Gran-Duque de ...), volvió a Londres.

Allí fue donde se encontró, en circunstancias bastante curiosas, con dos jóvenes compatriotas, dos peruanas, hijas de dos empleados de las minas de Campamento y llegadas a Londres tras mil peripecias que resultaría demasiado largo contar aquí. M. Barnabooth se erigió en protector de ambas y no tuvo ningún empacho en exhibirse en su compañía y en pasearlas en auto por los parques de Londres. Debo decir que estas damas son tan elegantes como bien educadas. Su belleza asombra a todo el mundo. Tienen el más bello de los tipos españoles; de estatura elevada, cutis de una blancura mate, un no sé qué exótico y el andar vivo y suelto de las americanas. M. Barnabooth les asignó buenas rentas cuyo capital es inalienable y, sobra decirlo, ambas reciben de su generoso protector continuos regalos de los más hermosos y más caros con que pueda soñarse.

En los poemas que ahora presento, son mencionadas por sus respectivos nombres de pila: Concepción y Socorro.

Frecuentes viajes a América y recorridos de todos los países de Europa y de todas las comarcas del África del Norte, con o sin esas damas, se suceden hasta el año de 1907, que también marca el final de esta breve biografía de un joven poeta millonario.

Fragmento de Obras de Valéry Larbaud, que próximamente publicará la Editorial Vuelta.